

Armindo P. Valdés . Estudio Biográfico

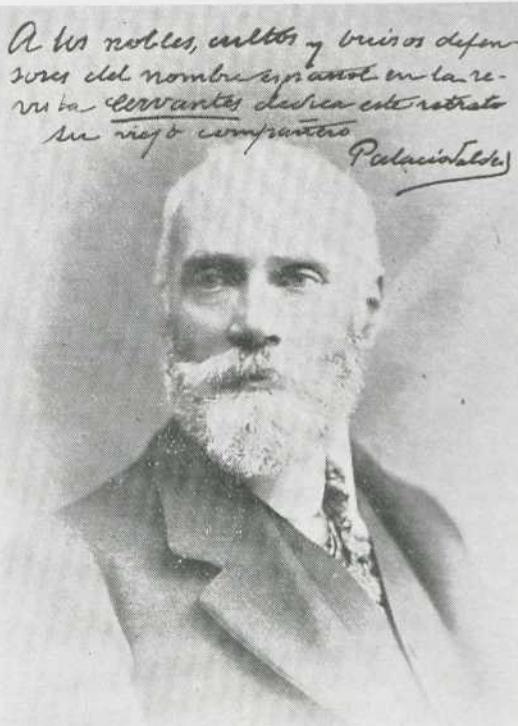
Sr. D. Angel Cruz Rueda

Querido amigo y compañero: Me participa usted la amable intención de escribir y dar a la estampa y publicidad mi biografía. Confieso a usted que tal propósito no deja de inquietarme. Soy apasionado de las biografías y he leído muchas en mi vida. Las acciones privadas me han interesado siempre más que las públicas; las disputas y las alegrías en el seno de las familias me han atraído más poderosamente que las guerras y los tratados diplomáticos. Por eso quizás he sido novelista, porque la urdimbre tan complicada de la humana existencia ha solicitado desde muy temprano mi atención, y el espectáculo variado y pintoresco de las costumbres cautivado mis ojos.

Naturalmente, la biografía de los varones que han alcanzado nombre glorioso en la república de las letras tenían que interesarle de un modo más eficaz, puesto que soy de ella humilde ciudadano. Pero hasta ahora, cuantas he leído casi todas han sido de escritores fallecidos. Y así imagino que debe ser. La biografía de los escritores vivos necesariamente ha de permanecer incompleta puesto que su vida no ha terminado, aunque a alguna como la mía por lo larga se le puede dar el finiquito.

Además de tal serio impedimento, tales biografías ofrecen dos graves peligros, el uno externo y el otro interno. El primero consiste en las protestas sinceras o envidiosas que llevan. No se puede alabar demasiadamente a un hombre viviendo que aquellos que la conocen o le tratan se subleven. En efecto, cómo este señor que toma café en Fornos en una mesa contigua a la mía, a quien he visto jugar bastante en unas carimbolas en el Casino, que estuvo abonado en el teatro de la Comedia muy cerca de mi butaca, cómo se prefiere que yo veniere a este señor al igual de los grandes nombres! Esto se pregunta el simpático burgués que tiene una tienda de mercería o lleva parte en un negocio de carbones. Y como usted debe comprender no le falta razón. Los hombres grandes no son grandes sino después de muertos, de ninguna manera cuando toman café en Fornos y juegan carimbolas.

Cuenta el poeta Alfieri que habiendo regresado a Turín, su patria, después de una ausencia de varios años, precedido de la gran notoriedad que le habían valido sus famosas tragedias, los amigos de la infancia, al verle, se hacían los distraídos para no saludarle o doblaban la esquina de la calle para no tropezarse con él. ¡A qué escritor más o menos reputado no le han acocido casos semejantes! Por mi parte recuerdo que después de la publicación de una de mis



*A los nobles, cultos y brillosos defensores del nombre español en la revista Cervantes desear este retrato
su viejo y querido compañero Palacio Valdés*

El gran patriarca de las letras contemporáneas españolas, don ARMANDO PALACIO VALDÉS, nos ha honrado enviándonos su fotografía que ocupará uno de los lugares preferentes de nuestra Galería de escritores españoles. He aquí su rostro, donde resplandece la nobleza de sus sentimientos, su gran corazón y su enorme talento. Nunca como en esta ocasión puede decirse con más razón que la "cara es el espejo de el alma". Hoy publicamos una carta de este insigne novelista dirigida a D. Angel Cruz Rueda en ocasión que éste le participa la idea de escribir su biografía. Este interesante libro ha llegado a la Habana y la Librería Cervantes lo tiene a la venta. Se titula "Armando Palacio Valdés, estudio biográfico", por A. Cruz Rueda. Interesante libro, ameno, lleno de grandes emociones de la vida del nunca bien ponderado y eximio Patriarca de las letras contemporáneas españolas.

ran deleite por la elegancia y primor con que tal biografía ha sido escrita.

Créame siempre su amigo y viejo compañero afectísimo, que le estrecha la mano,

A. PALACIO VALDÉS.

novelas, al saludar a un amigo de la niñez, éste me tendió la mano volviendo la cabeza a otro lado y bostezando. Me parece que no podía dar más claro testimonio del desdén que le inspiraba.

Pero en fin, tales desabridamientos no tienen capital importancia y se curan con un poco de paciencia cristiana o de filosofía pagana. Mucho más grave es lo que he llamado peligro interior. Un hombre cuando lo elogian en demasía corre riesgo de envaneecerse, de hacerse altanero e insopportable. ¡No teme usted que, describiendo las insignificancias y nonadas de mi existencia y lanzándolas a los cuatro vientos, me engríe más de lo justo y comience a arquear las cejas, a caminar solemne y acompañado, a hinchar los carrillos y a echarme religiosamente cuando hablo, como hacen muchos de los grandes hombres que conozco? Porque le confieso que estoy muy lejos de poseer el temperamento humilde del santo doctor Francisco de Sales, que se encolorizó, terriblemente contra su amigo y discípulo el obispo de Belley porque éste le aludió con elogio en uno de sus sermones.

Cuando me hacen cosquillas no puedo menos de reírme, y si me dan un dulce lo saboreo con placer. Usted me dirá tal vez: En España hay tantos grandes hombres actualmente que el ser uno más tiene poca importancia y no es motivo suficiente para envaneecerse. Pues a pesar de esta irrefragable consideración todo el mundo se envanece, lo mismo los grandes que los pequeños. Y usted sabe bien que nada excita tanto la indignación de los humanos como la vanidad y nada estiman tanto como la modestia. La modestia es una señora que todos quieren ver en casa del vecino, aunque la hayan arrojado a puntapiés de la suya. A muchos literatos chiríes, inflados y necios, les gusta hablar con furia del orgullo de Víctor Hugo y de la vanidad de Castelaz.

Mas si a pesar de tales razones usted se obstina en sacar mis pasos a la luz habré de someterme, correr los peligros externos e infernos de que le ha hablado y pedir a Dios que me salve de la cólera de mis enemigos y de los extravíos de mi propio corazón.

En buenas manos he caído. Los d'scretos no aprobarán, los tontos se irritarán, pero unos y otros harán justicia a la nobleza de su intención y recibirán deleite por la elegancia y primor con que tal biografía ha sido escrita.